

## Joseph Gabel

*Nace en 1912 en Budapest, y en 1950 es ciudadano francés. Psiquiatra y sociólogo, sus trabajos entorno a la alienación, la ideología y la falsa conciencia se inscriben en la línea de la escuela marxista húngara. En 1962 publica su tesis fundamental La Fausse Conscience: essai sur la reification, traducida enseguida a varias lenguas (griego, portugués, alemán, inglés, japonés, y esperando aún su traducción al castellano y al catalán).*

*El concepto de falsa conciencia es tributario de tres pensamientos: el de Lukács ("Historia y conciencia de clase"), el de Manheim ("Ideología y utopía") y el de Minkowski ("La schizophrénie") con su concepto de racionalismo mórbido. La falsa conciencia está en la base del concepto de ideología entendida como forma de pensamiento deformado por intereses de clase. Su corolario es la reificación. Falsa conciencia e ideología son dos formas de comprensión no dialéctica de la realidad; la falsa conciencia como estado de espíritu difuso, y la ideología como cristalización teórica del carácter justificativo. En esta comprensión adialéctica es escamoteada la historicidad, la temporalidad, en beneficio de la espacialidad, que es la característica del pensamiento reificado y del carácter esquizofrénico.*

*Joseph Gabel ha trabajado en múltiples campos: en la investigación, en la docencia, en la crítica política y en la crítica literaria, adentrándose en obras como la de Orwell, Swift, Kafka... Este su análisis de la obra kafkiana es la que aquí publicamos<sup>2</sup>. En Anexo, incluimos cuatro cuentos de Kafka que hacen referencia, junto a las grandes obras La Metamorfosis, El Castillo, América y El Proceso, a este escrito.*

---

<sup>1</sup> Existe una colección de artículos de J. Gabel en: *Sociología de la alienación*. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1970.

<sup>2</sup> *Kafka, romancier de l'alienation*. Critique, nov. 1953.

## KAFKA, NOVELISTA DE LA ALIENACIÓN

«He asumido poderosamente la negatividad de mi tiempo que, por lo demás, me es muy próxima. No poseo el derecho de combatirla, pero sí, en cierta medida, tengo el derecho de representarla».

*Diario íntimo.*

“Vivo más extranjero que un extranjero”, escribe Kafka en su *Diario*. Parece, en efecto, que *el hecho de ser extranjero* haya sido la experiencia fundamental de la vida de Kafka. *América* es la novela -y la tragedia- del inmigrante; *El Castillo*, la del obrero extranjero. Ahora bien, volvemos a encontrar curiosamente el concepto de *extranjero en la ciudad* en una interpretación alemana de la tercera de las grandes “novelas de la soledad”: *El Proceso*. ¿Por qué es detenido una mañana el apoderado José K.?, se pregunta K. H. Volkmann-Schluck<sup>3</sup>. Porque tuvo la negligencia de no poner en regla su *permiso de residencia*. Y no su permiso de residencia en tal o cual lugar; con seguridad que por parte de este empleado modelo *los papeles* están perfectamente en regla. No, se trata de otra cosa, mucho más grave: del *permiso de residencia en el ser* (Legitimation seines Aufenthaltes im Dasein). Todos hemos conocido, no hace mucho tiempo, situaciones donde el permiso de residencia -tan difícil de obtener- significaba para los interesados un verdadero permiso de residencia en la existencia. Por su parte, Kafka, muerto en 1924, no conoció jamás esas situaciones. Fue ciudadano con plenos derechos de esa monarquía austrohúngara donde el antisemitismo era en suma soportable; terminó su corta vida en la República del presidente Masaryk, donde no se conocía esa plaga. Sucede, sin embargo, que su obsesión por la condición de extranjero era de hecho la expresión de su experiencia de la alienación judía, del “Galuth”<sup>4</sup>. Kafka es el existencialista del Galuth en la literatura.

Desde este punto de vista, el análisis de *La Metamorfosis* es rico en enseñanzas. En una obra de Kafka encontramos siempre muchos significados yuxtapuestos o sobrepuestos; como “una cajonera”, dice Max Brod. *La Metamorfosis* aparece ante todo como un símbolo de desvalorización e incluso de reificación; el animal es más “cosa” que el ser humano. Igualmente tenemos aquí una expresión de esta obsesión por el secreto de la existencia animal, una de las constantes de la obra de Kafka, cuya interpretación incumbe a la psiquiatría, o quizá al psicoanálisis.<sup>5</sup> Pero hay también en ello un símbolo judío muy evidente, que es curioso que no viera Németh, sin embargo tan sensible respecto de ese género de simbolismo<sup>6</sup>. Grégor Samsa, que sabe que es hombre, y a quien sus semejantes rechazan como a una mala bestia, es el símbolo transparente del judío en busca de asimilación. Problema bastante poco agudo en Francia (salvo para los inmigrantes), donde una emancipación más que centenaria ha dado sus frutos; inexistente en el Este y en Oriente, puesto que los judíos viven allí en masas compactas sin perseguir una asimilación, por lo demás imposible; pero que ha sido siempre una de las preocupaciones esenciales de los judíos ciudadanos de la Europa central, que es propiamente el medio de origen de los Kafka. Esta perspectiva es la única que permite comprender el extraño “happy end” que corona este relato y sin la cual permanecería inexplicable. En efecto, el antisemitismo lo vemos a menudo como una técnica de desalienación primitiva. Cuando los psicoanalistas nos proponen explicarlo como una proyección de la angustia de la castración sobre el sujeto castrado (circunciso), proceden en virtud de la misma hipótesis. Las pequeñas pacientes neuróticas de F. Dolto que proyectan sus complejos sobre las muñecas-flores actúan, también ellas, según una técnica de desalienación del tipo del antisemitismo; pero por lo menos ellas tienen la excusa de ser pequeñas y de estar enfermas. El antisemita tipo, el «antisemita que no es más que antisemita», es sin duda alguna el *antisemita judío* (que son más numerosos de lo que se piensa). Lejos de nosotros la idea de pretender clasificar al autor de *La Metamorfosis* en una categoría humana tan poco brillante. Es cierto, sin embargo, que su judaísmo fue un judaísmo atormentado. Sus biógrafos han referido ciertas manifestaciones verbales asombrosas y pocos antisemitas han escrito algo tan cruel sobre Israel como Kafka en su relato *Chacales y Árabes*<sup>7</sup>. Esta hipótesis explica -y es sin duda la única que pueda explicarlo de manera satisfactoria- el renacimiento de la familia Samsa después de la muerte de Grégor; la desalienación tuvo éxito y la familia pudo empezar de nuevo.

<sup>3</sup> K. H. Volkmann-Schluck, «Bewusstsein und Dasein in Kafkas "Prozess"», *Neue Rundschau*, 1950.

<sup>4</sup> La palabra “Galuth” significa textualmente “proscripción”. Se trata de un concepto muy popular entre los judíos de la Europa Central y del Este.

<sup>5</sup> M. Dolto trata a niñas neuróticas mediante muñecas-flores. “El comportamiento del sujeto frente a esta muñequita, que supone dotada de razón y de sentimientos, le permitía, en una primera fase, tomar conciencia de sus propias emociones instintivas, manifestándolas. Podía entonces reaccionar con respecto a esta manifestación, cuya responsabilidad les era sustraída artificialmente” (F. Dolto, *Revue Française de Psychanalyse*, (1950).

Se trata de saber si, de manera análoga, Kafka no proyectó sus complejos -y también su autismo- en sus relatos de animales. Véase el relato *Le Terrier*, una de las manifestaciones del autismo más asombrosas que posee la literatura.

<sup>6</sup> A. Németh: *Kafka ou le Mystère juif*.

<sup>7</sup> En el relato que acompaña a *La Metamorfosis*. La interpretación es la de Németh

Es cierto, pues, que el hecho de ser judío era en Kafka un verdadero “*primum movens*” de su obra; el elemento de su existencia que lo forzó a escribir<sup>8</sup>. Crear era también para él una técnica de desalienación y de exorcismo, y en su obra fue su propio psicoanalista; no sabemos si sin ella el autor de *Terrier* no hubiera sucumbido a la esquizofrenia, a la que tantos rasgos de su carácter parecían condenarle. Como escritor, quería su condición de judío, fuente de su inspiración; nostálgica de normalidad y de integración<sup>9</sup>, sólo podía detestarla. Ambivalencia que se manifestó también en la orden de destrucción de sus manuscritos, orden que felizmente Max Brod infringió. Pero esta ambivalencia respecto de sus orígenes y de su obra -de la enfermedad y del tratamiento-, le permitió realizar una síntesis vertiginosa y lograr una profundidad metafísica y existencial que ninguno de sus correligionarios -y quizá ningún otro escritor- pudo alcanzar. Frente a sus orígenes, los escritores judíos reaccionan, grosso modo, de dos maneras. Algunos fingen ignorarlos, acosados por la voluntad de «ser como los demás»; otros, por el contrario, sienten la obsesión de sus orígenes, al punto que a fuerza de meditar sobre lo trágico de la condición judía, terminan por no ver lo trágico de la condición humana. (La novela, por otra parte tan simpática, de L. Lewinsohn *Israel, ¿dónde vas?* es bastante característica de esta segunda actitud). También en esto Kafka es una síntesis: el judío está proscrito de su obra y está en ella presente dondequiera. Su originalidad -y su grandeza- consiste en haber sabido expresar en los términos del problema humano su experiencia específica de la alienación judía. “Soy extranjero”, constata el judío Kafka, y el hombre Kafka le responde: “Pero *todo el mundo es extranjero*”. La actitud kafkiana se parece así curiosamente a la de otro gran judío “desalienador”, K. Marx, en su folleto de juventud, bastante poco conocido, consagrado a la cuestión judía<sup>10</sup>.

Desde entonces la categoría de la alienación y su corolario en filosofía marxista, la reificación, aparecen como conceptos verdaderamente privilegiados para la comprensión de la obra de Kafka. No se trata, por cierto, de reducir a una fórmula única una obra tan rica, y menos aún de querer encontrar a la fuerza un marxista en Kafka. Es una obra «con cajones», dice Brod. Muy bien, pero permítasenos llevar hasta el fin esta comparación: algunos muebles tienen un cajón privilegiado, de cuya apertura depende la de los otros cajones. Los temas kafkianos son, por cierto, variados, pero el del hombre extranjero vuelve constantemente como un leitmotiv.

En este cuadro se puede intentar dilucidar el misterio de *El Castillo*, “Epopéya del desocupado”, dice Carrouges, Es verdad, pero como significación inmediata, presimbólica: K. es efectivamente el desocupado como Karl, en *América*, es efectivamente el emigrante. “Símbolo del judío”, dice Németh. El agrimensor no tiene, por lo que a él respecta, nada de judío, pero el recibimiento que se le reservó en la aldea tiene, fuerza es confesarlo, un sabor bastante típicamente antisemita: un entendido no podría equivocarse en esto. Discutiremos más adelante la explicación teológica de Max Brod. Pero vemos en ello una imagen perfectamente realista de una sociedad fundada en la desigualdad y en la explotación del hombre por el hombre.

Los ejemplos son numerosos y siempre concretos. “Era la suerte del obrero la que aguardaba a K.” A Klamm se lo conoce como grosero. “Entre un funcionario del Castillo y una hija de zapatero media una distancia muy grande”. El mejor albergue de la aldea está reservado para los “Señores del Castillo”, quienes además parecen gozar, respecto de la población femenina, de ciertos privilegios que indignan. Más adelante se trata de «la disciplina que reina en la aldea». Huelga multiplicar estos ejemplos. El conjunto “Castillo-aldea” nos ofrece una imagen muy concreta y apenas caricaturesca de una sociedad antidemocrática, de estructura más bien feudal que fascista, algunos de cuyos aspectos recuerdan la Hungría feudal de antaño.

Evidentemente, lo esencial no está allí. Nadie puede pensar seriamente en reducir la importancia de la obra de Kafka a la de una simple *crítica social*. Pero en *El Castillo* las relaciones de clase se *proyectan a lo eterno*, y esto es precisamente uno de los elementos esenciales de la reificación. «Una potencia inhumana reina sobre todo». El reino de *El Castillo* es, efectivamente, impersonal, inhumano. El elemento impersonal -típico del universo deificado- domina en la obra de Kafka; nada puede caracterizar mejor la incomprensión admirativa (es la palabra justa) de Brod que el hecho de haber creído que correspondía completar las iniciales en *El Proceso*. Porque toda la obra de Kafka está bañada por la atmósfera de lo impersonal, del «se». Los dos ayudantes del agrimensor son intercambiables como las ruedecillas de una máquina. Nunca Klamm hablará a K.; ni siquiera dirige la palabra a sus amantes. No hay comunicación telefónica real entre la aldea y el Castillo. El pasaje concerniente a esas supuestas comunicaciones telefónicas es, por otra parte, de una ironía feroz. Los habitantes de la aldea creen poder telefonar al Castillo; tienen incluso la ilusión de recibir una respuesta. En realidad, “no existe ninguna conexión telefónica definida entre la aldea y el Castillo, ninguna central que dé curso a nuestras llamadas”. Ningún ateo ridiculizó más cruelmente que el piadoso Kafka la oración que el hombre de la alienación religiosa dirige en vano a su propia esencia hipostasiada. ¿Existe el Castillo? ¿O es solamente la imposibilidad objetivada, ese cielo que es sólo “imposibilidad de corneja”?<sup>11</sup> ¿Existe Klamm? Tal pregunta se planteó de hecho. El Castillo y sus habitantes llevan la marca de la falsa objetividad del mundo reificado, una objetividad de tipo alucinatorio. Klamm es quizá uno de nosotros; el Castillo es nuestra impotencia o nuestra ignorancia. Comprenderlo significa entrever de lejos la frontera del país de la libertad.

<sup>8</sup> Blanchot : *Kafka et L'exigence de l'Œuvre, Critique*, marzo de 1952

<sup>9</sup> Véanse muchísimos pasajes de su *Diario* y también la biografía de Brod.

<sup>10</sup> Marx. Zur Judenfrage. Según Marx, el espíritu judío se encarnó en el capitalismo; la solución del problema judío consistiría, pues, en la supresión del capitalismo.

<sup>11</sup> *Diario*. • Las cornejas pretenden que una sola corneja podría destruir el cielo. Esto está fuera de duda, pero no prueba nada contra el cielo, porque cielo significa imposibilidad de corneja» ¡La reflexión es de una profunda belleza.

Existe también, ciertamente, la explicación religiosa (la Gracia), y la autoridad de Max Brod, esa autoridad que dejó su sello en numerosas exégesis, no solamente en aquellas que pretenden hacer de Kafka un “testigo del espíritu”<sup>12</sup> (siendo en realidad un testigo del *fracaso del espíritu*, de la reificación), sino también en las lúcidas obras de Carrouges y de Németh. Puede parecer presuntuoso combatir la opinión del amigo de Kafka. Sin embargo, hay que desconfiar de Brod, gran escritor, amigo admirable -si los hay-, pero mediano pensador, del que no podemos estar seguros que haya comprendido cabalmente a su genial y misterioso amigo. De hecho, la teoría de la Gracia (y, más generalmente, la interpretación religiosa que es su corolario) nos envuelve en una serie de contradicciones, de las que no se sale después sino al precio de concesiones, cuando no de acrobacias. El Castillo es la Gracia. Sea; ¿pero por qué la burocracia reina en el Castillo? No se comprenden sus relaciones con el concepto de la gracia. La burocracia ocupa, en cambio, un lugar preponderante en la descripción lukacsiana del universo reificado. La imagen de Klamm-Providencia es igualmente misteriosa. No es así como un alma religiosa se imagina un ser de esencia divina. Visto desde nuestra perspectiva, el misterio se aclara: de lejos, Klamm posee toda la majestad del *sistema*; de cerca, es un hombre como los demás, hasta un poco grotesco. Brod reconoce -no sin candor-- que la historia de Sortini le parece incomprensible; a la luz de la hipótesis de la reificación es, por el contrario, diáfana. La familia Barnabé está, en principio, *excluida de la gracia*; ¿por qué razón entonces Kafka nos da de ella una pintura tan simpática? En este circo de tristes monigotes, la familia Barnabé constituye la única nota humana; nada tiene de asombroso que sea también la única que reciba con humanidad a K., el extranjero. El viejo padre, tan preocupado por *devolver el honor* a su hija, resulta realmente conmovedor. De hecho, ¿por qué el agrimensor --otro excluido de la gracia- atrae al pequeño Juan? Es porque a pesar de sus yerros y de sus torpezas -¿o merced a ellas?- K. representa un elemento de espontaneidad y de libertad en ese mundo rígido; atrae naturalmente al niño que no está aún «arrojado al mundo». K. es el hombre del rechazo (quizá provisional), los habitantes de la aldea son los de una aceptación definitiva. El mundo reificado *ignora el acontecimiento*: Kafka personalmente -como buen esquizoide- tenía dificultades en concebir el cambio. Por su parte, el niño *es* cambio y esperanza; se reconoce a sí mismo en ese extranjero que trae al mundo resignado de sus padres el escándalo de sus ambiciones.

¿Es necesario rechazar, por consiguiente, la explicación religiosa? Ésta contiene un elemento de verdad, pero en una perspectiva distinta: la de una experiencia arcaico-primitiva del hecho social. Las relaciones entre alienación y hecho religioso fueron estudiadas por numerosos pensadores desde Feuerbach hasta Durkheim, pasando por Marx. Según Durkheim, el hombre primitivo integrado en la comunidad tribal siente que hay en ella algo que lo supera, y esta experiencia confusa de la energía social -primera escuela de trascendencia para el primitivo- sería el origen del dualismo de lo sagrado y de lo no sagrado, base de todo fenómeno religioso. En un texto notable, Kafka -que era lo menos sociólogo posible- formula casi exactamente la misma idea. «Crear significa liberar en uno mismo lo indestructible; o, más exactamente, liberarse, o, más exactamente, ser indestructible, o, más exactamente, ser» (*Diario*). Ante el hecho de la reificación -el “hecho social”- de los sociólogos franceses<sup>13</sup>- la actitud de Kafka parece haber sido ambivalente: por un lado, siente una emoción religiosa o más bien numinosa ante *el poder que abrumba al hombre* y, al mismo tiempo, una actitud de rebeldía muy concreta y casi política. (Piénsese en el relato *Lus nuevas lámparas*, sin contar innumerables pasajes de *El Castillo*). Las dos actitudes son inconciliables, es verdad, pero nadie pensó jamás aplicar a Kafka los criterios del hombre de ciencia. La coexistencia en él de dos mundos contradictorios -el universo de la rebelión y el universo religioso- constituye sin duda una de las numerosas manifestaciones del núcleo esencialmente esquizoide de su carácter.

Con *El Proceso*, entramos en otro dominio: el del universo reificado, en cuanto universo de la culpabilidad. Volvemos a encontrar en él el tema de la reificación: el reino de una potencia lejana, inhumana, impersonal. (*El Proceso* es la novela donde dominan las iniciales). Pero esta potencia inhumana posee aquí un carácter judicial. En efecto, en el universo reificado el hombre se convierte en cosa y este hombre-cosa, desprovisto de valor propio, debe *justificar su existencia*, sin lo cual es considerado culpable. Tal es, en sus grandes líneas, la explicación de Volkmann-Schluck, en la cual volvemos a encontrar la noción de permiso de residencia. Desde la mañana de su misterioso arresto, el apoderado José K. vive en un *universo doble*. Por una parte, sigue siendo el funcionario respetado, cuya posición es perfectamente firme, «un buen partido» deben decirse las madres que tienen una hija casadera. Es cierto que conoce los tribunales: majestuosos edificios públicos, donde no tiene nada que buscar, sino cuando va a defender, como empleado honesto y respetado, los más legítimos intereses de su empresa. Y en otro mundo, superpuesto al primero, no es más que el Acusado obligado a efectuar gestiones extrañas ante magistrados que no lo son menos. Los psiquiatras conocen perfectamente este fenómeno del «doble universo»: es un aspecto de la disociación. Pero lo hemos conocido también en otra parte. Entre 1940 y 1942, el ciudadano percibía ciertamente la derrota que tenía, por lo demás, razón para considerar provisional, pero esa derrota no modificó inmediatamente la estructura fenomenológica de su universo; este último se volvió más sombrío, pero conservó su

<sup>12</sup> Cf. el libro de R. Rochefort (prólogo de Daniel-Rops), que es la expresión más consecuente de la interpretación espiritualista.

<sup>13</sup> El “hecho social” (Durkheim) y la reificación (Lukács) expresan la misma experiencia “objetiva” de la realidad social, con esta sola diferencia: en Lukács se trata de una ilusión histórica que será desenmascarada con el triunfo de la clase ascendente, mientras que en Durkheim es una constante de la existencia colectiva.

organización. La temporalidad del Israelita, en cambio, se vio inmediatamente amputada en cuanto a la dimensión del futuro; se convirtió en la de un *universo cerrado*, cuya única terrible salida se abría hacia una perspectiva concentracionaria. A la limitación temporal correspondía la limitación espacial: los salvoconductos necesarios para cualquier traslado ¡y qué difíciles de conseguir! Desde entonces este universo espaciotemporal parecía singularmente cercano a la temporalidad de Kafka. En las facultades se veían jóvenes de ambos sexos que palidecían ante los mismos temas, pero que, más allá de esos temas, preparaban la agregación y su futuro, palabra desprovista de significado preciso para el ciudadano del Universo de la Culpabilidad Difusa. Por último, una simple decisión administrativa podía condenar a prisión a un residente, aunque la conciencia de este estuviera tranquila y no tuviese antecedentes penales. En este proceso jamás se vio absolución alguna -el pintor Titorelli lo dijo perfectamente-, pero se podía dar largas al asunto. Nadie podrá comprender plenamente a Kafka si alguna vez no hizo la cola frente a una ventanilla, donde un empleado de apariencia a menudo miserable decidía sobre la vida o la muerte, sin saber siquiera que, de hecho, era miembro de un tribunal sin apelación para toda una categoría de seres humanos. *El Proceso* es el de un hombre-cosa que cesó de ser una fuente autónoma de valores y que debe justificar su estadía en un mundo donde es en adelante extranjero.

Decir que *América es la novela del inmigrante* es enunciar una perogrullada. Se pudo afirmar que la atmósfera de esta novela era más alegre que la de las otras; la verdad es que el estilo de Kafka no estaba quizá completamente a punto. Entre los Robinson y los Delamarche, el joven Karl apenas debe encontrarse menos solo que el agrimensor en la aldea o el apoderado frente a sus jueces. Pero en esta novela -como en toda la obra de Kafka- hay una jerarquía de significados superpuestos según una técnica que, dicho sea de paso, fue tomada de la mística judía (en especial de Filón de Alejandría). Karl es el emigrado, y un emigrado es doblemente extranjero. Pero América -una América que parece sacada de las estampas de Epinal- es también un mundo inhumano visto por un castrado. Karl es un castrado, expulsado por su padre a causa de un delito sexual -muy insignificante en apariencia-- perpetrado con una *mujer de edad mucho mayor*. Y en efecto, a lo largo de toda la novela. Karl se conduce como un impotente frente a las mujeres (véase el episodio con Clara y también con la joven dactilógrafa alemana). Desde entonces se siente la tentación de encontrar nuevamente en *América* -como en casi todo el resto de la obra- el elemento judío: un proscrito que es al mismo tiempo un *castrado* (circunciso) es un judío. Exégesis que parece desde luego cogida por los cabellos, y que lo sería en efecto, si Kafka no hubiese tenido cuidado de advertirnos, por el juego de las iniciales, que él mismo está presente en todas sus novelas. En cualquier caso esta hipótesis es la que mejor explica el episodio del circo de Oklahoma, episodio curioso que aparece claramente como un cuerpo extraño dentro de la novela, a la que sin embargo aparece unido por lazos misteriosos. El circo de Oklahoma es un sueño con compensación de contenido casi mesiánico. La frase "Todos son bienvenidos a esta casa", es la traducción casi literal de una alusión mesiánica de la liturgia judía, y *los ángeles con las trompetas* son igualmente un motivo de la mística hebraica. Por último la reificación también está presente en esta novela, sin por tanto ocupar el lugar central que tiene en otras. Aquí está representada por el tío, la auténtica figura cibernética. El senador tiene reacciones de robot<sup>14</sup>; es *cómico* en el pleno sentido bergsonianos del término. Es además un pobre tipo, a despecho de su "éxito" deslumbrante; se adivina toda la aridez de su vida afectiva. Sus amigos Pollunder y Green sin olvidar a la mujerzuela Clara- son dignos de él. *América* no es sólo la novela del inmigrado, sino también la del Hombre en un mundo inhumano, en un mundo de máquinas.

Tenemos finalmente el más misterioso relato de Kafka, el más cargado de significación: *Odradek*. He aquí la opinión de Schoeps: "Etimológicamente la formación de la palabra Odradek corresponde en efecto a una fantasía. Pero lo que en ella hay de eslavo podría traducirse más o menos por escapado a la Ley. Odradek es la expresión de la alienación, de la anominización del yo. Odradek, el escapado a la Ley, el que es objeto de las preocupaciones del divino padre de familia, ha tomado la forma absurda de una bobina, se ha convertido en un mecanismo automático. En la absurdidad del mundo actual, el testimonio del oscurecimiento de la conciencia individual, la prueba de la disociación del hombre que perdió a Dios"<sup>15</sup>. Deben tenerse en cuenta todos los elementos de este juicio, salvo quizá la nota religiosa basada aquí en las convicciones personales de Kafka más bien que en la significación objetiva de su obra. La reificación ha cumplido su misión, y el hombre, definitivamente alienado, no es más que una absurda bobina.

¿Cuál es pues el significado contemporáneo de la obra de Kafka? (No digamos *mensaje* porque esta palabra habría sido fatalmente recusada por un escritor que ordenó la destrucción póstuma de sus manuscritos). Existe un elemento de deshumanización en la civilización contemporánea: la reificación tal como la entienden los autores marxistas. Ese elemento aparece en la historia con la alienación del trabajo humano y llega a su desarrollo reciente en el horror de los campos de concentración. Es un fenómeno que ocasiona un desdoblamiento de tipo esquizofrénico de nuestra existencia social, desdoblamiento en el cual el fetichismo de la mercancía, denunciado por Marx, constituye uno de sus aspectos. Este dualismo se refleja en nuestro pensamiento filosófico a

<sup>14</sup> El tío-senador echa a su sobrino muy querido porque llegó pasada la medianoche. Si hubiera llegado cinco minutos antes de medianoche, lo habría retenido. Se trata de la reacción de una máquina.

<sup>15</sup> *Paraboles*.

través del dualismo entre términos tales como *reificación* y *realidad humana, verdadera y falsa* conciencia, *autenticidad* y *inautenticidad*, y también, en cierta medida, a través del dualismo psiquiátrico de la *normalidad* y de la *alienación*. Gracias a su propia naturaleza esquizoide inclinada a la reificación y a la disociación (“Estoy hecho de piedra”, “Tengo un martillo en el lugar del corazón”, decía Kafka), y también gracias a su experiencia personal de la alienación judía (que supo expresar en términos de alienación humana), Kafka se ha puesto a tono con esta disociación esquizofrénica<sup>16</sup> de la conciencia política contemporánea. Lejos de nosotros querer hacer de Kafka un marxista. Tal cosa sería propia de una hagiografía ingenua, tan indigna de un gran escritor como de una gran doctrina. Digamos simplemente que una experiencia de tipo arcaico le permitió remontarse hasta las fuentes de la alienación y de la religión, haciendo así posible esta obra ambivalente en la que la reificación contemporánea se eflaja con una nitidez y un vigor quizá nunca alcanzados en parte alguna.

Kafka volverá a ser inactual. Sólo momentos históricos excepcionales pueden permitir a una colectividad soportar el peso de semejante lucidez. El momento de la liberación, en 1944, era uno de ellos. En el momento de descubrirse el horror de los campos de concentración, su obra fue la catarsis de una conciencia colectiva atormentada. Desde hace algún tiempo se habla mucho menos de Kafka. Ciertos capitalistas han vuelto a calcular sus ganancias; Alemania se pregunta si no ganó la guerra. Un libro de *filosofía social* firmado por Horia Sima (uno de los jefes de la Guardia de Hierro rumana) hizo una discreta aparición en las librerías junto a los libros de Brunschvicg y de Laveille. ¿Existió Auschwitz? ¿No habrá sido una gigantesca farsa montada por algún bromista lector de Kafka? ¿Pueden tales hecatombes haber sido la obra de un pueblo tan noblemente preocupado por la defensa de los valores occidentales? No, decididamente este judío desvaría y terminará por cansar a todo el mundo. Ya molesta bastante a los teóricos de la lucidez de sentido único; aquellos para quienes la *desalienación* es ante todo una *transalienación*. ¿Habrá que quemar a Kafka?, preguntó un hebdomadario previsor ya en 1946. G. Bataille tiene razón en subrayar que el primero -y el más peligroso- de los partidarios de este auto de fe era el propio Kafka<sup>17</sup>. Sin embargo, es difícil seguirlo cuando atribuye el descrédito del que Kafka es objeto en ciertos medios, a la *ausencia de perspectivas históricas* en su obra. La sola existencia del circo de Oklahoma, aparte de los proyectos sociales de Kafka, bastaría para refutar esta tesis. Pero la alienación de derecha no es la única que amenaza al hombre moderno, y la obra de Kafka -como lo señala con justa razón Carrouges<sup>18</sup>- denuncia *todas* las alienaciones. Encontramos en ella pasajes verdaderamente extraños. He aquí uno: “La bestia arranca al amo el látigo y se azota a sí misma para convertirse en amo, no sabe que se trata de una fantasía producida por un nuevo nudo en la lonja del amo” (*Diario*). No sé qué ha querido decir conscientemente con eso, pero *objetivamente* es quizá la expresión más conmovedora de la tragedia del proletariado. Frases de este tipo no se perdonan. Hay que quemar a Kafka.

“Yo soy fin o comienzo”. ¿Era Kafka un fin o un comienzo? No lo sabemos, y este es quizá el problema central del porvenir de la civilización. Hasta ahora solo parece válido el aspecto negativo de su obra. La reificación está presente en nuestra vida cotidiana, pero nadie nos muestra todavía el camino del circo de Oklahoma. La negatividad de la época es el fracaso de lo humano, fracaso cuyo símbolo conmovedor lo constituye la historia del médico rural. Kafka asumió con fuerza esta negatividad cercana a su naturaleza esquizoide; no podía combatirla porque habría sido combatirse a sí mismo, pero logró representarla de tal manera que ella le asegura un lugar entre los representantes eternos del hombre. Su experiencia de judío lo ayudó, por cierto, a entender la alienación del hombre; es difícil imaginar un Kafka que no sea judío. Pero sería desconocer singularmente su importancia si únicamente se viera en ella la expresión del «misterio judío»<sup>19</sup>. El misterio Kafka es el misterio de la Sociedad.

---

<sup>16</sup> En la obra de Kafka se encuentran numerosos ejemplos de esta *disociación esquizofrénica*. En *El Proceso*, el apoderado José K. (Kafka) es detenido por dos policías, uno de los cuales se llama... Franz, igual que el autor. Kafka se detiene a sí mismo. Cf. También el relato *Le Monde Citadin (Tenotation au Village)*, y quizá también la historia de los cuatro amigos: Robert, Samuel, Max y Franz, según la interpretación de M. Robert.

<sup>17</sup> G. Bataille: *Franz Kafka devant la critique communiste*, en *Critique*, oct. 1950. Según Bataille, hay en Kafka « una negación de la tierra prometida », lo que justificaría la hostilidad de los comunistas. ¿Y el circo de Oklahoma? El problema reside por tanto en otra cosa.

<sup>18</sup> Michel Carrouges: *Kafka*, 1948.

<sup>19</sup> Este reproche se dirige sobre todo al título del libro de Németh. El libro en sí es uno de los mejores que se hayan consagrado a Kafka.

## Preocupaciones de un jefe de familia

Algunos dicen que la palabra *Odradek* es de origen eslovaco y en base a esto tratan de explicar su etimología. Otros, en cambio, creen que es de origen alemán y sólo presenta influencia eslovaca. La imprecisión de ambas interpretaciones permite suponer, sin equivocarse, que ninguna de las dos es verdadera, sobre todo porque ninguna de las dos nos revela que esta palabra tenga algún sentido.

Naturalmente, nadie se ocuparía de estos estudios si no existiera en realidad un ser que se llama *Odradek*. A primera vista se asemeja a un carretel de hilo, chato y en forma de estrella, y, en efecto, también parece que tuviera hilos arrollados; por supuesto, sólo son trozos de hilos viejos y rotos, de diversos tipos y colores, no sólo anudados, sino también enredados entre sí. Pero no es solamente un carretel, porque en medio de la estrella emerge un 'travesañito, y sobre éste, en ángulo recto, se inserta otro. Con ayuda de esta última barrita, de un lado, y de uno de los rayos de las estrellas, del otro, el conjunto puede erguirse como sobre dos patas.

Uno se siente inducido a creer que esta criatura tuvo en otro tiempo alguna especie de forma inteligible y ahora está rota. Pero esto no parece comprobado; por lo menos, no hay nada que lo demuestre; no se ve ningún agregado o superficie de rotura que corrobore esta suposición; es un conjunto bastante insensato, pero dentro de su estilo bien definido. De todos modos, no es posible un estudio más detallado, porque *Odradek* es extraordinariamente ágil y no se le puede apresar.

Se esconde alternativamente en la buhardilla, en la caja de la escalera, en los corredores, en el vestíbulo. A veces no se le ve durante meses; seguramente se ha mudado a otra casa; pero siempre vuelve, fielmente, a la nuestra. A menudo, cuando uno sale por la puerta y lo encuentra apoyado justamente debajo de uno en la escalera, siente deseos de hablarle. Naturalmente, uno no le hace una pregunta difícil, más bien lo trata -su tamaño diminuto es tal vez el motivo- como a un niño.

-Bueno, ¿cómo te llamas?

-*Odradek* -dice él.

-¿Y dónde vives?

-Domicilio desconocido -dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Y así termina generalmente la conversación. Por otra parte, no siempre responde; a menudo, se queda mucho tiempo callado, como la madera de que parece estar hecho.

Ociosamente me pregunto qué será de él. ¿Puede ocurrir que se muera? Todo lo que se muere tiene que haber tenido alguna especie de intención, alguna especie de actividad, que lo haya gastado; pero esto no puede decirse de *Odradek*. ¿Será posible entonces que siga rodando por las escaleras y arrastrando pedazos de hilo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Evidentemente, no hace mal a nadie; pero la suposición de que pueda sobrevivirme me resulta casi dolorosa.

---

## Chacales y árabes

Acampábamos en el oasis. Mis compañeros dormían. Un árabe alto y blanco pasó a mi lado, había estado ocupándose de los camellos y se dirigía a su hogar de reposo.

Me eché de espaldas en el pasto, traté de dormir, no podía; un chacal aullaba a lo lejos; volví a sentarme. Y lo que antes estaba tan lejos, de pronto estuvo cerca. Me rodeaba una multitud de chacales; ojos que destellaban como oro mate y volvían a apagarse; cuerpos esbeltos que se movían ágil y rítmicamente, como bajo un látigo.

Por detrás de mí, uno de los chacales se acercó, pasó bajo mi brazo, se apretó contra mí, como si buscara mi calor; luego se colocó frente a mí y me habló, con los ojos casi en los míos:

-Soy con mucho el chacal más viejo. Me alegra mucho poder saludarte por fin. Ya casi había perdido toda esperanza; hace tanto, tanto que te esperábamos; mi madre te esperó, y su madre, y una tras otra todas sus madres, hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Créelo!

-Me asombra -dije, y me olvidé de encender la pila de leños preparada para ahuyentar con el humo a los chacales-, me asombra mucho lo que dices. Sólo por casualidad he venido del lejano Norte y estoy de paso por vuestro país. ¿Qué queréis de mí, chacales?

Y como alentados por estas palabras, tal vez demasiado amistosas, estrecharon el cerco en torno a mí; todos jadeaban con la boca abierta.

-Sabemos -comenzó el decano- que vienes del Norte; en eso basamos nuestras esperanzas. Allá existe la comprensión que no encontramos entre los árabes. De esta fría arrogancia, bien lo sabes, no se puede arrancar la menor chispa de comprensión. Matan animales para comérselos y desprecian la carroña,

-No hables tan alto -dije-; hay árabes que duermen aquí cerca.

-Realmente, eres un extranjero -dijo el chacal-; si no, sabrías que ni una sola vez en la historia del mundo un chacal ha temido a un árabe. ¿Por qué habríamos de temerles? ¿No es ya bastante desdicha que debemos vivir exiliados entre semejante gente?

-Puede ser, puede ser -dije- no quiero juzgar asuntos que están tan lejos de mi competencia; parece una enemistad muy antigua, debe de estar en la sangre, tal vez sólo termine con la sangre.

-Eres muy perspicaz -dijo el viejo chacal; y todos jadearon más ansiosamente; agitados, a pesar de estar inmóviles; un olor a rancio, que a veces me obligaba a apretar los dientes, emanaba de sus fauces abiertas- Eres muy perspicaz; eso que has dicho concuerda con nuestra antigua tradición. Así es; haremos correr su sangre y terminaremos la lucha.

- ¡Oh! -dije con demasiada vehemencia quizá-; ellos se defenderán; con sus armas de fuego os matarán a miles.

-No nos comprendes -dijo él-; una condición bien humana que, según veo, también existe en el Norte. No queremos matarlos. No habría bastante agua en el Nilo para purificarnos. Nos basta ver sus cuerpos vivientes para salir corriendo hacia el aire puro, hacia el desierto, que por eso es nuestra morada.

Y todos los chacales del círculo, a los que se habían agregado mientras tanto muchos otros que venían de más lejos, hundieron los hocicos entre las patas delanteras y se los frotaron para limpiarse; parecían querer ocultar una repugnancia tan espantosa que sentí deseos de dar un gran salto sobre sus cabezas y escapar.

-Entonces, ¿qué os proponéis hacer? -pregunté tratando de ponerme de pie; pero no pude; dos jóvenes bestias me habían aferrado con los dientes la chaqueta y la camisa, por detrás; tuve que quedarme sentado.

-Te sostienen la cola -explicó con serenidad el chacal viejo-; una prueba de respeto.

- ¡Soltadme! -exclamé, volviéndome alternativamente hacia el viejo y hacia los jóvenes.

-Naturalmente, te soltarán -dijo el viejo-, ya que lo deseas. Pero tardarán un poco, porque han mordido profundamente, como es su costumbre, y ahora deben aflojar lentamente los dientes. Mientras tanto, atiende nuestro pedido.

-Vuestra conducta no me ha predisuesto demasiado a atenderlo -dije.

-No nos echés en cara nuestra torpeza -dijo él, y por primera vez recurrió al tono lastimero de su voz natural-; somos unas pobres bestias, sólo tenemos nuestros dientes; para todo lo que queremos hacer, lo malo y lo bueno, sólo disponemos de nuestros dientes.

-Bueno, ¿qué quieres? -le pregunté no muy reconciliado.

-Señor -exclamó, y todos los chacales aullaron; lejanamente, remotamente, me pareció una melodía- Señor, tú debes poner fin a esta lucha que divide el mundo en dos bandos. Exactamente como eres tú, nuestros antepasados nos describieron al hombre que llevaría a cabo la empresa. Queremos que los árabes nos dejen en paz; aire respirable; que la mirada se pierda en un horizonte purificado de su presencia; no oír el quejido de la oveja que el árabe degüella; que todos los animales mueran en paz; para ser purificados por nosotros, sin interferencia ajena, hasta que hayamos vaciado sus osamentas y



pelado sus huesos. Pureza, queremos sólo pureza -y aquí lloraban, sollozaban todos-. ¿Cómo soportas este mundo, noble corazón y dulce entraña? Porquería es su blancura; porquería es su negrura; un horror son sus barbas; basta ver las órbitas de sus ojos para escupir; y cuando alzan el brazo, vemos en sus axilas la entrada del infierno. Por eso, señor; por eso, ¡oh amado señor!, con la ayuda de tus manos todopoderosas, degüéllalos con estas tijeras.

Y, respondiendo a un movimiento de su cabeza, apareció un chacal, de uno de cuyos colmillos colgaba un pequeño par de tijeras de costura, cubiertas de antiguo orín.

-Bueno, ya aparecieron las tijeras, ¡y ahora basta! -exclamó el guía árabe de nuestra caravana, que se había deslizado hacia nosotros con el viento en contra y hacía silbar ahora su enorme látigo.

Todos huyeron rápidamente, pero a cierta distancia se detuvieron, estrechamente apretados entre sí; todas esas bestias se reunieron en un grupo tan rígido y apiñado que parecía un pequeño hato acorralado por fuegos fatuos.

-Así que tú también, señor, has contemplado y oído esta comedia -dijo el árabe, y rió tan alegremente como le permitía la reserva de su raza.

-¿Tú también sabes lo que quieren esas bestias? -pregunté.

-Naturalmente, señor -dijo él-; todo el mundo lo sabe; mientras existan árabes, esas tijeras se pasearán por el desierto y seguirán vagando con nosotros hasta el último día. A todo europeo se las ofrecen para que lleve a cabo la gran empresa; todo europeo es justamente aquel que ellos creen enviado por el destino. Esos animales alimentan una loca esperanza; bobos, son verdaderos bobos. Por eso los queremos; son nuestros perros, más hermosos que los vuestros. Fíjate; esta noche murió un camello; lo hice traer aquí.

Aparecieron cuatro mozos que arrojaron ante nosotros el pesado cadáver. Apenas lo depositaron, los chacales elevaron sus voces. Como arrastrados por otras tantas cuerdas irresistibles, se acercaron titubeantes, frotando el suelo con el cuerpo. Se habían olvidado de los árabes, olvidado de su odio; la presencia del hediondo cadáver los hechizaba, borraba todo lo demás. Ya uno se prendía del cuello y con el primer mordisco llegaba hasta la aorta. Como una diminuta y vehemente bomba aspirante que quisiera con tanta decisión como pocas probabilidades de éxito apagar algún enorme incendio, cada músculo de su cuerpo se estremecía y se esforzaba en su tarea. Y pronto se entregaron todos a la misma tarea, amontonados sobre el cadáver como una montaña. Entonces, el guía los fustigó una y otra vez con su cortante látigo, vigorosamente. Alzaron la cabeza en una especie de paroxismo extasiado, vieron ante ellos a los árabes, sintieron el látigo en los hocicos, dieron un salto hacia atrás y retrocedieron corriendo hasta cierta distancia. Pero la sangre del camello ya había formado charcos en el suelo, humeaba; el cuerpo estaba abierto en varios sitios; volvieron; nuevamente alzó el guía su látigo; detuve su brazo.

-Tienes razón, señor -me dijo-; dejémoslos seguir con su tarea; además, ya es hora de levantar el campamento. Lo has visto. Maravillosas bestias, ¿no es verdad? ¡Y cómo nos odian!

## Ante la ley

Ante la ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián y solicita que le permita entrar en la ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona y pregunta si más tarde le dejarán entrar.

-Es posible -dice el portero-, pero no ahora.

La puerta que da a la ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se ríe y le dice:

-Si tanto es tu deseo, haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo soportar su aspecto.

El Campesino no había previsto estas dificultades; la ley debería ser siempre accesible para todos, piensa él; pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba larga de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un banquito y le permite sentarse a un costado de la puerta. Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia, el guardián mantiene con él breves conversaciones, le hace preguntas sobre su país y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y para terminar, siempre le repite que todavía no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Este acepta todo, en efecto, pero le dice:

-Lo acepto para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros y le parece que éste es el único obstáculo que lo separa de la ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años temerariamente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que lo ayuden y convenzan al guardián. Finalmente su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz o si sólo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que el rigor de la muerte endurece su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

-¿Qué quieres saber ahora? -pregunta el guardián-. Eres insaciable.

-Todos se esfuerzan por llegar a la ley -dice el hombre-; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir y, para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice al oído con voz atronadora:

-Nadie podía pretenderlo, porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

## El deseo de ser piel roja

Sí uno pudiera ser un piel roja siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas porque no hacen falta riendas, y apenas viera ante sí que el campo era una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.